

Retiro: LLAMADOS Y ENVIADOS... COMO DAVID

(Extraído de la revista Orar nº 123)

VER:

Continuamos reflexionando acerca de la necesidad de sentirnos llamados y enviados por el Señor para ser hoy sus apóstoles, para anunciar su Buena Noticia al mundo de hoy y para ir haciendo cada vez más presente su Reinado.

Tenemos que sabernos y sentirnos llamados y enviados, como Abraham, como José, como los pastores, como Moisés (tal como vimos en el último retiro). Hoy continuamos nuestra contemplación de quienes han sido llamados y enviados por Él a lo largo de la historia, fijándonos en el rey David.

David probablemente significa “amado”, y por encima de las numerosas vicisitudes históricas de su vida, su vida espiritual y su oración nos muestran una plena conciencia de ese amor de Dios.

Aunque era el más pequeño de los hijos de Jesé, de Belén, David reinará sobre Judá e Israel durante cuarenta años. A pesar de sus profundas debilidades humanas, el colmo de las cuales fue el cínico asesinato de Urías, David pervive en el recuerdo de Israel como un hombre al gusto de Dios y que encuentra fuerzas y valor en el Señor.

En sus relaciones con Dios nunca usó dobleces, y caminó en su presencia en verdad y rectitud de corazón. Ante sus propios errores, respeta el veredicto del Señor, y para no oponerse a la voluntad divina llega incluso a aceptar la humillación de ser destronado.

En una palabra, David se mostró obediente a los planes de Dios y, a pesar de sus ardides de conquistador y de político, siempre se puso en las manos de Dios, reconociendo que sólo de Él dependió su elección. Una elección que se produjo del siguiente modo:

En aquellos días, el Señor dijo a Samuel: Voy a enviarte a Jesé, de Belén, porque he visto entre sus hijos un rey para mí.

Purificó a Jesé y a sus hijos y los convocó al sacrificio. Cuando llegaron, vio a Eliab y se dijo: «Sin duda está ante el Señor su ungido».

Pero el Señor dijo a Samuel: No mires su apariencia ni su gran estatura, pues yo le he descartado. La mirada de Dios no es como la mirada del hombre, pues el hombre mira las apariencias, pero el Señor mira el corazón.

Hizo pasar Jesé a sus siete hijos ante Samuel, pero Samuel dijo: A ninguno de éstos ha elegido el Señor.

Preguntó entonces Samuel a Jesé: ¿No quedan ya más muchachos? El respondió: Todavía falta el más pequeño, que está guardando el rebaño.

Dijo entonces Samuel a Jesé: Manda que lo traigan, porque no comeremos hasta que haya venido.

Mandó, pues, que lo trajeran; era rubio, de bellos ojos y hermosa presencia.

Dijo el Señor: Levántate y úngelo, porque éste es.

Tomó Samuel el cuerno de aceite y lo ungíó en medio de sus hermanos.

En aquel momento invadió a David el espíritu del Señor, y estuvo con él en adelante.

Samuel debe encontrar un sucesor para el rey Saúl, que había sido rechazado por Dios. Humanamente se esperaría una elección racional y segura: un hombre maduro, fuerte y experimentado.

Pero Dios envía a su profeta a casa de Jesé, un sencillo campesino de Belén, una pequeña población. Allí hace que desfilen ante el profeta los siete hijos mayores, los más altos y más fuertes, los que parecerían designados por adelantado. Pero no son éstos los que Dios ha elegido, porque la mirada de Dios no es como la mirada del hombre, pues el hombre mira las apariencias.

Dios ha elegido al más pequeño, al que sólo es capaz de guardar el rebaño, porque el Señor mira el corazón. David es ungido en medio de sus hermanos y el espíritu del Señor estuvo con él en adelante.

EL MISTERIO DEL CORAZÓN

Una de las más bellas y conocidas expresiones de Antoine de Saint-Exupéry, que sigue llegando al corazón de muchos lectores, se encuentra en el libro alegórico *El Principito*, encantadora historia de un ser humano en busca de la felicidad. «Adiós, dijo el zorro. He aquí mi secreto. Es muy simple: no se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos».

Los verbos alemanes *creer*, *amar* y *alabar* tienen todos la misma raíz, *lob*, que significa bueno. *Creer* viene a significar tener algo por amable, por bueno. *Amar* significa tratar con delicadeza lo bueno que veo en los demás. *Alabar* es elogiar lo bueno y hablar bien de las personas para darles un espacio amplio de desarrollo y crecimiento.

El lenguaje, como toda la filosofía condensada en el lenguaje, coincide con las expresiones del zorro en *El Principito* de Saint-Exupéry. El corazón ve bien. Y porque ve bien descubre lo bueno en los demás. Quien mira a los otros con gafas negras no ve en ellos más que superficies oscuras. No puede distinguir lo iluminado y diáfano, lo bueno y agradable. Necesito mirar con el corazón a mi vecino si deseo verlo tal como es. Pero, aun así, sólo a condición de que mi corazón sea bueno y no permitir a los pensamientos destructivos instalarse en mi corazón. Quien tiene un corazón monstruoso y malo no puede ver lo bueno que hay en los otros.

Lo esencial es invisible a los ojos. Los ojos no pueden ver más que la superficie. Los ojos perciben los rasgos faciales de una persona. Pueden percibir los gestos y expresiones de rabia, de insatisfacción, de abandono, de dureza, de rencor o de sufrimiento. Pero el corazón ve más profundo. El corazón ve más allá de la cara de las personas. El corazón penetra con su mirada hasta el corazón de las personas, donde descubre sus deseos ardientes de bondad, de vivir en paz consigo y con el mundo, la noble aspiración de presentarse con su vida rota ante Dios para que Dios la sane y, una vez sanada, ponerlo todo en orden y ponerse en total sintonía consigo.

Lo esencial de un ser humano es invisible. También lo es lo esencial del mundo.

El arte de vivir consiste, fundamentalmente, en llegar a verlo todo con el corazón. Necesito verlo así, con el corazón, para descubrir en una flor la belleza de su Creador, para ver en el árbol un símbolo de mis deseos de afianzamiento hundiéndose profundamente mis raíces en el suelo. En el árbol veo mi propia aspiración a crecer y desarrollar mi *yo*, mi propia forma y personalidad en ramas y flores, de manera que alguien pueda venir a descansar a mi sombra y sentirse aliviado en mi presencia.

Sólo el corazón descubre en todo las huellas de la última Verdad y Certeza, que me mira desde el rostro de cada persona, desde la inmovilidad de una piedra, desde cada tallo del campo, y me dice: «Tú eres amado, siéntete amado. El amor te abraza en todo cuanto ves».

(A. Grün, “*El Libro del Arte de Vivir*”, pg 203)

Para la reflexión:

- ¿Sé mirar el corazón de las personas, o me dejo llevar por las apariencias?
- ¿Tengo ideas preconcebidas acerca de qué tipo de personas son las más capacitadas para asumir alguna responsabilidad evangelizadora?
- ¿Me siento elegido por Dios a pesar de mi pequeñez e insignificancia, o no me siento llamado porque me veo “incapaz” para asumir yo alguna responsabilidad en la misión evangelizadora? ¿Por qué?

JUZGAR:

En aquellos días, recibió Natán la siguiente palabra del Señor: Ve y dile a mi siervo David: Así dice el Señor: «¿Eres tú quien me va a construir una casa para que habite en ella? Yo te saqué de los apriscos, de andar tras las ovejas, para que fueras jefe de mi pueblo Israel. Yo estaré contigo en todas tus empresas, acabaré con tus enemigos, te haré famoso como a los más famosos de la tierra. Te pondré en paz con todos tus enemigos, te haré grande y te daré una dinastía.

Cuando hayas llegado al término de tu vida y descansas con tus padres, estableceré después de ti a un descendiente tuyo, un hijo de tus entrañas, y consolidaré su reino. Tu casa y tu reino durarán por siempre en mi presencia y tu trono durará por siempre».

Después que Natán habló a David, el rey David fue a presentarse ante el Señor y dijo: ¿Quién soy yo, mi Señor, y qué es mi familia, para que me hayas hecho llegar hasta aquí? ¡Y por si fuera poco para ti, mi Señor, has hecho a la casa de tu siervo una promesa para el futuro, mientras existan hombres, mi Señor! Has establecido a tu pueblo Israel como pueblo tuyo para siempre, y tú, Señor, eres su Dios. Ahora, pues, Señor Dios, mantén siempre la promesa que has hecho a tu siervo y su familia, cumple tu palabra. Que tu Nombre sea siempre famoso.

En la larga historia de David se pueden distinguir dos momentos. El que va desde su ascensión al trono hasta la conquista de Jerusalén, caracterizado por un gran valor pero también por la falta de escrúpulos, el cálculo y la ambición política; y el que corresponde a su evolución personal: partiendo precisamente de sus debilidades, se hace penitente y disponible ante el plan de Dios que supera todos los planes de los hombres.

David fue un hombre de Dios según el modelo de su época, pero también de una forma personal y original. Deseando sinceramente conocer la voluntad de Dios, recurre a los consejos de hombres de oración, como Gad y Natán. Le preocupa que el Arca no tenga una morada digna. Al proyecto de David de construir una casa para el Señor, Natán le opone el anuncio imprevisto de que el mismo Dios se compromete a asegurarle a David que su descendencia (su “casa”) durará por siempre, y David acepta esta gran promesa en actitud de humildad y de oración.

En su intención de levantar un santuario, David deja traslucir una convicción: lo que le impulsa, más que ninguna otra cosa, es la necesidad de expresar su gratitud al Dios protector que lo ha puesto en el trono y de asegurarse su protección para sí mismo y para sus sucesores, una ideología religiosa de tipo mítico-mágico que lo lleva a realizar un acto sacro para asegurarse una participación estable en el poder del Dios protector.

Pero el Señor no quiere una casa. La renuncia que Dios pide a David por medio de Natán busca precisamente hacerle abandonar un proyecto mítico-religioso para apoyarse única y exclusivamente en la decisión de Dios, un Dios que quiere ser conocido como absolutamente distinto de los dioses protectores. Por eso no quiere que le construyan una casa ni que lo encierren en un templo de cedro.

Y precisamente ante esta negativa, la espiritualidad personal del rey da un salto cualitativo que, a pesar de sus muchos pecados, lo convierten en amigo de Dios. Renuncia a comportarse como el poderoso fundador de una dinastía para aceptar haber sido elegido para esa misión por Dios.

El mensaje que Dios le transmite por medio de Natán le recuerda que toda su gloria depende de la libre decisión de Dios, que lo ha elegido y amado sin que él tuviera el menor mérito para ello: Yo te saqué de los apriscos, de andar tras las ovejas, para que fueras jefe de mi pueblo Israel. Yo estaré contigo en todas tus empresas.

El futuro de David y de su descendencia se apoyan únicamente en la promesa de Dios: **Te haré grande y te daré una dinastía** (te construiré una casa). Si su casa no conocerá el declive, eso se deberá únicamente a que el Señor así lo ha decidido. Y ni siquiera los pecados de sus descendientes anularán esa bendición.

Tras las palabras de la promesa, la reacción de David es sumamente aleccionadora. Ante esta gran promesa, que supera cualquier pretensión humana y hasta sus propias ambiciones personales, ¿qué hace David?

Tomando la actitud esencial de la oración, va a presentarse ante Dios. Esta es la primera enseñanza que tenemos que sacar, porque ¿qué es orar sino ir al Señor con la misma confianza con que vamos a la casa de un amigo y nos sentamos a su lado para abrirle el corazón y contarle las propias alegrías y temores?

David comprendió que él no es nada, pero si el Señor quiere hacerle fuerte, Él sabrá cómo hacerlo. En la oración de David, ante todo, hay humildad. Dios ha hecho ya mucho por la vida de David, y éste no puede entender que Dios quiera garantizarle también el futuro.

La astucia y los cálculos puramente humanos que habían guiado su ascenso al trono dejan paso a una plena acogida de lo que es puro don de Dios y a un total abandono en sus manos. El mero hecho de estar ante el Señor y de poder abrirle su corazón hace que en David se produzca un cambio: de caudillo de ejércitos victoriosos pasa a ser un hombre de Dios que se deja acaudillar.

David comprenderá que los designios de Dios pasan misteriosamente por las marañas de las vicisitudes humanas y consiguen su objetivo. La astucia de David no desaparecerá por completo, pero la actitud de su corazón es ya distinta.

Para la reflexión:

- David pretende “asegurarse” la protección de Dios construyéndole una casa. ¿Hago yo tratos con Dios, pretendo asegurarme su protección a cambio de actos de piedad, limosnas, etc.?
- ¿En algún momento la acción de Dios en mi vida ha superado mis planes, mis expectativas? Hago memoria de esos momentos y doy gracias al Señor por ellos.
- David se presenta ante el Señor con humildad y confianza. ¿En mi oración también me dirijo al Señor con humildad y confianza, y le digo “quién soy yo... para que me hayas hecho llegar hasta aquí”?
- ¿Sé reconocer que todo en mi vida es don de Dios? ¿Me atrevo a abandonarme en sus manos?

David un día, a eso del atardecer, se levantó de la cama y se puso a pasear por la azotea del palacio, y desde la azotea vio a una mujer bañándose, una mujer muy bella.

David mandó a preguntar por la mujer, y le dijeron: Es Betsabé, hija de Alián, esposa de Urías, el hitita.

David mandó a unos para que se la trajesen. Después Betsabé volvió a su casa; quedó encinta y mandó este aviso a David: Estoy encinta.

Entonces David mandó esta orden a Joab: Mándame a Urías, el hitita. Joab se lo mandó.

Cuando llegó Urías, David le preguntó por Joab, el ejército y la guerra. Luego le dijo: Anda a casa a lavarte los pies. Pero Urías durmió a la puerta del palacio, con los guardias de su señor; no fue a su casa. Avisaron a David que Urías no había ido a su casa.

Al día siguiente David lo convidió a un banquete y lo emborrachó. Al atardecer, Urías salió para acostarse con los guardias de su señor y no fue a su casa.

A la mañana siguiente David escribió una carta a Joab y se la mandó por medio de Urías.

El texto de la carta era: «Pon a Urías en primera línea, donde sea más recia la lucha; y retiraos dejándolo solo, para que lo hieran y muera».

Los de la ciudad hicieron una salida, trataron combate con Joab y hubo bajas en el ejército entre los oficiales de David; murió también Urías, el hitita.

En aquellos días, el Señor envió a Natán donde David. Entró Natán ante el rey y le dijo: Había dos hombres en un pueblo: uno rico y otro pobre.

El rico tenía muchos rebaños de ovejas y bueyes; el pobre sólo tenía una corderilla que había comprado; la iba criando, y ella crecía con él y sus hijos, comiendo de su pan, bebiendo de su vaso, durmiendo en su regazo: era como una hija.

Llegó una visita a casa del rico; y, no queriendo perder una oveja o un buey para invitar a su huésped, cogió la cordera del pobre y convidió a su huésped.

David se puso furioso contra aquel hombre y dijo a Natán: ¡Vive Dios, que el que ha hecho eso es reo de muerte! No quiso respetar lo del otro, pues pagará cuatro veces el valor de la cordera.

Entonces Natán dijo a David: ¡Eres tú! Pues bien, la espada no se apartará nunca de tu casa; por haberme despreciado, quedándote con la mujer de Urías, el hitita.

David respondió a Natán: He pecado contra el Señor.

Y Natán le dijo: Pues el Señor perdona tu pecado. No morirás.

Hemos visto antes la fe de David y la calidad de su oración. Pero eso no impide que sea un “pobre hombre”, y un gran pecador. David ve a una mujer que se está bañando, la desea y la seduce, pero es la mujer de otro, es un adulterio.

David, hipócritamente, pretende descargarse de su responsabilidad endosando el embarazo al marido legítimo, pero no lo logra. Urías tiene unos principios y los respeta: existía entonces la norma de la abstención de relaciones sexuales durante una guerra. David emborracha a Urías para hacerle perder la cabeza, pero Urías, incluso estando borracho, recuerda la norma.

David trama un homicidio premeditado, y de este modo comete otra infidelidad hacia ese Dios que tanto le ha favorecido y que tan grandes promesas le ha hecho. Pero aun entonces Dios mantiene su fidelidad, y de nuevo envía al profeta Natán, que cuenta una parábola para que el rey tome conciencia por sí mismo de su pecado: *¡Eres tú!*

El episodio del arrepentimiento después del asesinato de Urías debe leerse a la misma luz de la conversión del corazón que encontrábamos en el pasaje anterior. Más aún, desde el punto de vista personal, puede ser que ese encuentro con su propia miseria haya sido precisamente lo que llevó a David a convencerse de que la astucia que de manera tan innoble utilizó con Urías tenía que cesar para dar paso a la búsqueda de la compasión y de la misericordia de Dios

Es importante señalar que el momento en que David se convierte finalmente y de verdad en alguien responsable de sus actos coincide una vez más con un diálogo en clave de oración. A partir de esos momentos de verdad es cuando pasa a la historia como el rey que ha sabido caminar por las sendas del Señor.

La parábola que le cuenta Natán, y que provoca su indignación contra una injusticia perpetrada aparentemente en su reino, le hace descubrir toda su miseria y mezquindad. A David, como a todo el mundo, le resulta muy fácil reconocer la injusticia que cometen los otros. A David no se le pasa por la cabeza que él se ha manchado con un crimen todavía mayor, pero la palabra de Dios es implacable: *¡Ese hombre eres tú!*

Lo que está en juego es la confesión de David, su oración de arrepentimiento, y para lograrlo David ha de asentarse en la verdad. Ante todo, en la verdad de su pecado, y luego en la verdad del perdón. Sólo así podremos caminar en la presencia de Dios, a pesar del pecado. Porque orar es también, y ante todo, asentarnos en la verdad delante de Dios; sólo así puede llegarnos la curación que, cuando viene de Dios, se llama perdón.

El reproche del profeta es duro y detallado; sin embargo, esa denuncia tan dura sólo tiene un objetivo: que David pronuncie las palabras de arrepentimiento, y eso es lo que sucede: *¡He pecado contra el Señor!*

David descubre que, al suprimir a Urías, no sólo cometió un “error” o una “imprudencia”, de lo que, por ser rey, no habría tenido que pasar ni siquiera por la vergüenza; ofendió al mismo amor de Dios que lo había colmado de todos los bienes, y así lo reconoce.

El objeto de cualquier confesión del propio pecado es precisamente ese reconocimiento de la justicia de Dios. Tan sólo cuando aceptamos el juicio de Dios sobre nuestra realidad nos abrimos a su misericordia, que entonces nos llega sin falta.

Para la reflexión:

- ¿Pretendo, como David, enmascarar u ocultar mi propio pecado para no tener que reconocerlo?
- ¿Veo mi pecado personal ante todo como una infidelidad al amor de Dios? ¿Qué me afecta más, haberle ofendido o el miedo al posible castigo?
- Natán dice a David: *¡Eres tú!* ¿Soy capaz de reconocer y aceptar mi propia verdad, que incluye también el pecado? ¿Me sirve de “puerta” para abrirme a la misericordia de Dios?

ACTUAR:

Salmo 50

Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa,
lava del todo mi delito, limpia mi pecado.

Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado.
Contra ti, contra ti solo pequé, cometí la maldad que aborresces.

En la sentencia tendrás razón, en el juicio resultarás inocente.
Mira, en la culpa nací, pecador me concibió mi madre.

Te gusta un corazón sincero, y en mi interior me inculcas sabiduría.
Rocíame con el hisopo, quedaré limpio; lávame, quedaré más blanco que la nieve.

Hazme oír el gozo y la alegría, que se alegren los huesos quebrantados.
Aparta de mi pecado tu vista, borra en mí toda culpa.

Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme.
No me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu.

Devuélveme la alegría de tu salvación, afiánzame con espíritu generoso.
Enseñaré a los malvados tus caminos, los pecadores volverán a ti.

Líbrame de la sangre, oh Dios, Dios salvador mío, y cantará mi lengua tu justicia.
Señor, me abrirás los labios, y mi boca proclamará tu alabanza.

Los sacrificios no te satisfacen, si te ofreciera un holocausto no lo querías:
mi sacrificio es un espíritu quebrantado,
un corazón quebrantado y humillado tú no lo desprecias.

La verdadera santidad de David es haber sabido reconocer su falta, que expresa en el Salmo 50. A diferencia de la oración por la promesa, tan sumamente rica en exclamaciones sobre la grandeza de las obras del Señor, el salmo 50 encierra todo un arrepentimiento y deseo de conversión, explicitando los sentimientos que en aquella ocasión pudieron brotar del corazón de David.

El salmo resume toda la culpa de David en un pecado contra el Señor: **Contra ti, contra ti sólo pequé, cometí la maldad que aborresces.** Todo pecado es ante todo un acto contra el Señor; por eso David, puesto ante la responsabilidad de su crimen, confiesa su culpa como una ofensa a Dios. Todo pecado es ante todo un pecado contra Dios, y reconocerlo así es glorificar al Señor.

El verdadero sentido del pecado no es solamente un sentimiento de culpabilidad moral, no es sólo haber transgredido una ley. El pecado no se entiende en profundidad más que en el marco de las relaciones personales entre el pecador y Dios.

Por esa relación personal que mantiene con Dios, David, tras la confesión de su pecado, descubre que, ante el Señor, sólo hay salvación y liberación. El penitente del salmo 50 pide que le devuelvan la alegría de la salvación para poder anunciar a otros extraviados los caminos del Señor y para que otros pecadores vuelvan a Él.

Situado ante la verdad de la palabra de Dios, David se ve por fin liberado. Es altamente significativo el contraste entre lo que David quería hacer con el presunto culpable de la parábola que le cuenta Natán (“Es reo de muerte”) y lo que Dios hace con él: “*El Señor ha perdonado ya tu pecado.*” El Señor no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta a Él y que entre así, por la verdad, en la verdadera vida.

Esto es ya como un avance del sacramento de la Reconciliación, en donde el penitente reconoce su pecado y el confesor le transmite el perdón divino. Sólo Dios cambia el corazón del pecador, pero ha sido necesaria la mediación de un diálogo, de una conversación con Natán, enviado por Dios, para que David “*se vea a sí mismo*” y su verdad

Del rey David la Biblia nos lega con gran fidelidad sus luces y sus sombras: David, cabecilla audaz de una banda, político sagaz, por una pasión llegó hasta el crimen; pero era capaz de ser generoso con sus enemigos y de una gran nobleza en la adversidad. La Biblia sigue su rastro desde su juventud, cuando en Belén cuidaba el rebaño, hasta sus últimos años, ensombrecidos por una serie de dramas familiares y por la rebelión de su hijo Absalón. Un hombre de grandes debilidades y, sin embargo, un hombre que realizó la obra de Dios porque, aun con sus luces y sombras, en todo momento se sintió llamado y enviado por Dios.

Por eso el rey David es un pobre de espíritu, porque vive profundamente convencido de que todo se lo debe a Dios. Y por eso en todo momento deja siempre abierta la puerta a Dios, con la esperanza puesta en su fidelidad y en su misericordia.

Para la reflexión:

- Una vez consciente de mi pecado, ¿siento verdadero deseo de conversión? ¿Cómo lo expreso?
- ¿Me acerco a recibir periódicamente el sacramento de la Reconciliación? ¿Cómo me siento después de haberlo recibido? ¿Por qué?
- Elijo uno o varios versículos del Salmo 50 que expresen mejor mi deseo de conversión.
- Con mis luces y sombras, ¿me siento llamado y enviado, como David, a realizar la obra de Dios?

VER:

En aquellos días, el Señor dijo a Samuel: Voy a enviarte a Jesé, de Belén, porque he visto entre sus hijos un rey para mí.

Purificó a Jesé y a sus hijos y los convidó al sacrificio. Cuando llegaron, vio a Eliab y se dijo: «Sin duda está ante el Señor su ungido». Pero el Señor dijo a Samuel: No mires su apariencia ni su gran estatura, pues yo le he descartado. La mirada de Dios no es como la mirada del hombre, pues el hombre mira las apariencias, pero el Señor mira el corazón.

Hizo pasar Jesé a sus siete hijos ante Samuel, pero Samuel dijo: A ninguno de éstos ha elegido el Señor. Preguntó entonces Samuel a Jesé: ¿No quedan ya más muchachos? El respondió: Todavía falta el más pequeño, que está guardando el rebaño. Dijo entonces Samuel a Jesé: Manda que lo traigan, porque no comeremos hasta que haya venido.

Mandó, pues, que lo trajeran; era rubio, de bellos ojos y hermosa presencia. Dijo el Señor: Levántate y úngelo, porque éste es. Tomó Samuel el cuerno de aceite y lo ungíó en medio de sus hermanos. En aquel momento invadió a David el espíritu del Señor, y estuvo con él en adelante.

Para la reflexión:

- ¿Sé mirar el corazón de las personas, o me dejo llevar por las apariencias?
- ¿Tengo ideas preconcebidas acerca de qué tipo de personas son las más capacitadas para asumir alguna responsabilidad evangelizadora?
- ¿Me siento elegido por Dios a pesar de mi pequeñez e insignificancia, o no me siento llamado porque me veo “incapaz” para asumir yo alguna responsabilidad en la misión evangelizadora? ¿Por qué?

JUZGAR:

En aquellos días, recibió Natán la siguiente palabra del Señor: Ve y dile a mi siervo David: Así dice el Señor: «¿Eres tú quien me va a construir una casa para que habite en ella? Yo te saqué de los apriscos, de andar tras las ovejas, para que fueras jefe de mi pueblo Israel. Yo estaré contigo en todas tus empresas, acabaré con tus enemigos, te haré famoso como a los más famosos de la tierra. Te pondré en paz con todos tus enemigos, te haré grande y te daré una dinastía.

Cuando hayas llegado al término de tu vida y descansas con tus padres, estableceré después de ti a un descendiente tuyo, un hijo de tus entrañas, y consolidaré su reino. Tu casa y tu reino durarán por siempre en mi presencia y tu trono durará por siempre».

Después que Natán habló a David, el rey David fue a presentarse ante el Señor y dijo: ¿Quién soy yo, mi Señor, y qué es mi familia, para que me hayas hecho llegar hasta aquí? ¡Y por si fuera poco para ti, mi Señor, has hecho a la casa de tu siervo una promesa para el futuro, mientras existan hombres, mi Señor! Has establecido a tu pueblo Israel como pueblo tuyo para siempre, y tú, Señor, eres su Dios.

Para la reflexión:

- David pretende “asegurarse” la protección de Dios construyéndole una casa. ¿Hago yo tratos con Dios, pretendo asegurarme su protección a cambio de actos de piedad, limosnas, etc.?
- ¿En algún momento la acción de Dios en mi vida ha superado mis planes, mis expectativas? Hago memoria de esos momentos y doy gracias al Señor por ellos.
- David se presenta ante el Señor con humildad y confianza. ¿En mi oración también me dirijo al Señor con humildad y confianza, y le digo “quién soy yo... para que me hayas hecho llegar hasta aquí?”
- ¿Sé reconocer que todo en mi vida es don de Dios? ¿Me atrevo a abandonarme en sus manos?

David un día, a eso del atardecer, se levantó de la cama y se puso a pasear por la azotea del palacio, y desde la azotea vio a una mujer bañándose, una mujer muy bella. David mandó a preguntar por la mujer, y le dijeron: Es Betsabé, hija de Alián, esposa de Urías, el hitita. David mandó a unos para que se la trajesen. Después Betsabé volvió a su casa; quedó encinta y mandó este aviso a David: Estoy encinta.

Entonces David mandó esta orden a Joab: Mándame a Urías, el hitita. Joab se lo mandó.

Cuando llegó Urías, David le preguntó por Joab, el ejército y la guerra. Luego le dijo: Anda a casa a lavarte los pies. Pero Urías durmió a la puerta del palacio, con los guardias de su señor; no fue a su casa. Avisaron a David que Urías no había ido a su casa.

Al día siguiente David lo convidió a un banquete y lo emborrachó. Al atardecer, Urías salió para acostarse con los guardias de su señor y no fue a su casa.

A la mañana siguiente David escribió una carta a Joab y se la mandó por medio de Urías.

El texto de la carta era: «Pon a Urías en primera línea, donde sea más recia la lucha; y retiraos dejándolo solo, para que lo hieran y muera».

Los de la ciudad hicieron una salida, trataron combate con Joab y hubo bajas en el ejército entre los oficiales de David; murió también Urías, el hitita.

En aquellos días, el Señor envió a Natán donde David. Entró Natán ante el rey y le dijo: Había dos hombres en un pueblo: uno rico y otro pobre.

El rico tenía muchos rebaños de ovejas y bueyes; el pobre sólo tenía una corderilla que había comprado; la iba criando, y ella crecía con él y sus hijos, comiendo de su pan, bebiendo de su vaso, durmiendo en su regazo: era como una hija.

Llegó una visita a casa del rico; y, no queriendo perder una oveja o un buey para invitar a su huésped, cogió la cordera del pobre y convidió a su huésped.

David se puso furioso contra aquel hombre y dijo a Natán: ¡Vive Dios, que el que ha hecho eso es reo de muerte! No quiso respetar lo del otro, pues pagará cuatro veces el valor de la cordera.

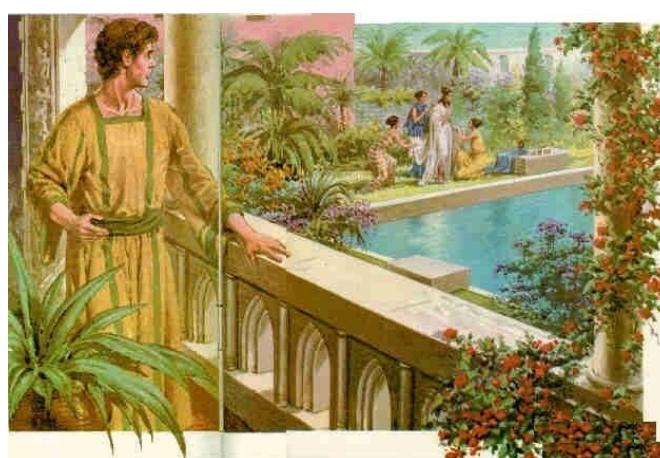
Entonces Natán dijo a David: ¡Eres tú! Pues bien, la espada no se apartará nunca de tu casa; por haberme despreciado, quedándote con la mujer de Urías, el hitita.

David respondió a Natán: He pecado contra el Señor.

Y Natán le dijo: Pues el Señor perdona tu pecado. No morirás.

Para la reflexión:

- ¿Pretendo, como David, enmascarar u ocultar mi propio pecado para no tener que reconocerlo?
- ¿Veo mi pecado personal ante todo como una infidelidad al amor de Dios? ¿Qué me afecta más, haberle ofendido o el miedo al posible castigo?
- Natán dice a David: ¡Eres tú! ¿Soy capaz de reconocer y aceptar mi propia verdad, que incluye también el pecado? ¿Me sirve de “puerta” para abrirme a la misericordia de Dios?



ACTUAR:

Salmo 50

Misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa,
lava del todo mi delito, limpia mi pecado.

Pues yo reconozco mi culpa, tengo siempre presente mi pecado.
Contra ti, contra ti solo pequé, cometí la maldad que aborresces.

En la sentencia tendrás razón, en el juicio resultarás inocente.
Mira, en la culpa nací, pecador me concibió mi madre.

Te gusta un corazón sincero, y en mi interior me inculcas sabiduría.
Rocíame con el hisopo, quedaré limpio; lávame, quedaré más blanco que la nieve.

Hazme oír el gozo y la alegría, que se alegren los huesos quebrantados.
Aparta de mi pecado tu vista, borra en mí toda culpa.

Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme.
No me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu.

Devuélveme la alegría de tu salvación, afíáñzame con espíritu generoso.
Enseñaré a los malvados tus caminos, los pecadores volverán a ti.

Líbrame de la sangre, oh Dios, Dios salvador mío, y cantará mi lengua tu justicia.
Señor, me abrirás los labios, y mi boca proclamará tu alabanza.

Los sacrificios no te satisfacen, si te ofreciera un holocausto no lo querías:
mi sacrificio es un espíritu quebrantado,
un corazón quebrantado y humillado tú no lo desprecias.

Para la reflexión:

- Una vez consciente de mi pecado, ¿siento verdadero deseo de conversión? ¿Cómo lo expreso?
- ¿Me acerco a recibir periódicamente el sacramento de la Reconciliación? ¿Cómo me siento después de haberlo recibido? ¿Por qué?
- Elijo uno o varios versículos del Salmo 50 que expresen mejor mi deseo de conversión.
- Con mis luces y sombras, ¿me siento llamado y enviado, como David, a realizar la obra de Dios?